

AGUIJÓN



ADRIANA BORBÓN, *Pensando lejos.*

TOLUQUEÑAS DE OTROS MUNDOS

Debo confesar que no me conmueven gran cosa las mujeres que escriben. En nuestro tiempo la posibilidad de hacerlo se reduciría, aparentemente, a un problema de educación elemental, de requerimientos materiales mínimos (papel y lápiz), así como de tiempo para entretenerse en vestir de palabras algún pensamiento, recuerdo, emoción o relato ficticio. Hoy crece el número de las que con mayor o menor fortuna cruzan el Rubicón de las primeras letras tratando de aportar a la literatura, aunque no pocas naufragan en el intento. Por eso, más que a las que escriben, admiro —y profundamente— a las que publican; sólo ellas transgreden la frontera cultural que durante milenios ha dividido términos entre lo privado-femenino y lo público-masculino.

“La historia de las mujeres es, en cierto modo —expresan Georges Duby y Michelle Perrot—, la de su acceso a la palabra”. No se refiere esta observación al hecho indemostrable de que hayan permanecido mudas a través del tiempo, sino a las prácticas sociales que las alejaron, más que de la escritura, del espacio público de la documentación. Su secular silencio reside en la privacidad de su voz impuesta por los regímenes patriarcales; está latente en lo incomunicable de un ser que desde la antigüedad grecolatina no podía ni debía publicitarse, bajo amenaza de ofender a la diosa Pudicia, representada por los romanos como una matrona cubierta por un velo. “Quisiera decir algo mas el pudor me impide” confiesa la participante en un diálogo de Safo, quien ofrece esta respuesta enigmática: “Si tuvieras deseos de bondad y belleza/ y no fuera algo malo lo que tu lengua agita,/ no tendrías pudor entre los ojos,/ y hablarías de ello limpiamente”.

Pero la moral social exclusivamente tiende velos sobre la voz femenina, y lo que en el Viejo Mundo se imponía como pudor, entre las mujeres mesoamericanas regía como obediencia. La madre mexicana aconsejaba a su hija, según la tradición del *Huehuetlatolli*: "Bien canta, bien habla, bien conversa, bien responde, bien ruega; la palabra no es algo que se compre", aunque por otra parte también le exigía: "Si alguna cosa te es dicha, te es comunicada, te es ordenada, bien la escucharás, bien la pondrás en tu corazón para que no la olvides, y la realizarás bien, no le darás muchas vueltas, no la desdeñarás, no la rechazarás, no le harás desaire a la palabra".

Hacerse de palabras propias ha sido, pues, para el sujeto femenino construido culturalmente desde el pudor o la obediencia, arriesgarse a lograr la interlocución con ese otro incógnito que es el lector, intruso tanto más temible para quien desde la niñez tiene vedado comunicarse con desconocidos. Si hacer pasar las ideas, los sueños o las intenciones de la mente al papel puede significar algo como desnudar la intimidad, hacer público lo escrito también es interpretable como un gesto de impudicia. Después de comer el fruto del árbol prohibido, Eva padece un nuevo estremecimiento y, en palabras de Teresa Dey, le confiesa a Adán: "Tiemblo porque tengo miedo y frío, estoy desnuda". Así, cuando un par de escritoras mexicanas, Ethel Krauze y Brianda Domecq, se preguntan si una mujer que publica no es acaso una mujer pública, su crítica se dirige no al hecho de publicar sino al imaginario social de lo público-masculino en oposición a lo privado-femenino.

Genéricamente definida a partir de su relación con un otro masculino que sanciona sus actos, la mujer que se elige a sí misma como escritora emprende la mudanza a un territorio personal, acotado por la sospecha, el que sólo podrá reivindicar una singular mezcla de vocación, audacia y talento. Virginia Woolf habla de un *cuarto propio* como el espacio donde la liber-



CITLALLI ORIHUEL, *Lo alto*.

tad económica, la costumbre de escribir exactamente lo que se piensa, la capacidad de contemplar a los seres humanos en sus vínculos con la realidad y, sobre todo, aceptar la soledad intrínseca necesaria para enfrentarse de manera directa al mundo de los hechos, darán como resultado la gran escritora frustrada durante siglos. Pero, como advertía Michelet a mediados del siglo XIX, la mujer que marcha sola es reconocible al primer golpe de vista. De ahí la exclamación y las observaciones del agudo historiador francés:

¡Cuántas dificultades para una mujer sola! No puede salir de noche: la tomarían por una mujerzuela. Hay mil lugares donde sólo se ven hombres, y si algún asunto la lleva hasta uno de ellos, todos se asombran, todos ríen tontamente. Por ejemplo, si se le hace tarde en un rincón de París, y tiene hambre, no se atreverá a entrar en un restaurante: sería un acontecimiento, ella se convertiría en espectáculo.

Tal vez por eso la mujer que no se conforma con escribir sino que se aventura a publicarse en sus escritos, aparece entre nosotros como un fenómeno hasta cierto punto nuevo, surgido a contracorriente del tradicionalismo toluqueño. No adelanto ningún juicio de valor: atestiguo una realidad empírica, rigurosamente comprobable en diccionarios y antologías. Hará cosa de un cuarto de siglo, don Hugo Aranda Pamplona se propuso elaborar una *Bibliografía de Escritores del Estado de México* que le fue editada en 1978 nada menos que por la UNAM. Revisando su contenido, encuentro que de 117 artículos sólo cinco están dedicados a la producción literaria femenina: el primero de ellos era inexcusable, puesto que se trata de sor Juana Inés de la Cruz, única escritora novohispana con "cuarto propio", así lo tuviese dentro de un convento; el segundo corresponde a la casi sesquicentenaria Laura Méndez de Cuenca, nacida en Amecameca en 1853 y de espíritu más libre que muchas de sus contemporáneas; las tres restantes son la toluqueña Carmen Rosenzweig, cuya *Obrarreunida* se ha hecho ac-

cesible apenas en fecha reciente; una singular profesora de Temascaltepec llamada Concepción Álvarez de Amber cuyo texto autobiográfico *Así pasó mi vida*, editado por Porrúa en 1962, sería interesante rescatar, y doña Josefina Guadarrama de Fuentes, originaria de Ixtapan de la Sal, que —según el señor Aranda— sólo "debido a la insistencia de su esposo y sus hijos dio a conocer una antología de sus inspiradas poesías".

Debo reconocer que, a pesar de sus plausibles esfuerzos, no únicamente avaro sino también arbitrario fue mi bien recordado amigo don Hugo en este aspecto, pues si se había permitido incluir como escritor al padre Yermo y Parres, cuya bibliografía —dice— "es muy corta y consta de pequeños trabajos relativos exclusivamente a su ministerio", bien pudo haber gastado algunas cuartillas más para considerar a doña Velia Marmolejo Fat, de El Oro que, en 1947, publicó su libro de cuentos *La gran curiosidad*, o por lo menos a la toluqueña Olga Arias quien, radicada en Durango, para 1978 ya había dado a la imprenta tres novelas, cuatro libros de cuentos y la friolera de más de cincuenta poemarios. Susana Francis, nacida en Ozumba, ya en la década de los sesenta trataba de hacerse leer con *Momentos y Desde la cárcel de mi piel*.

El investigador podría alegar en su defensa que estas obras eran desconocidas para los lectores locales, pero le hubiera bastado con revisar el catálogo de Cuadernos del Estado de México para toparse con los nombres de otras cuatro autoras, junto con la ya mencionada Carmen Rosenzweig, es decir, las ensayistas Socorro Caballero y Dolores García, la novelista Guadalupe López de Carrillo y Graciela Santana Benhumea, que hacía sus pininos en la poesía con *Polvos de nieve*. Y ya en el plan de no dejar fuera a ninguna de las muy contadas que publicaban en esta ciudad, tampoco es posible ignorar que para entonces doña Rosario Siliceo había hecho sudar a las prensas con algunos poemarios y el álbum biográfico *Perfiles de gloria*. Los poemas de Rosaluz Velásquez habían

circulado en algunos esperpentos. En el año de referencia, ya vivían en Toluca Guadalupe Cárdenas y, si no me equivoco, Delfina Careaga, aunque tengo la impresión de que a la primera sólo se le conocía por un cuento incluido en *Suma de palabras*, y a la segunda por algunos artículos en publicaciones locales.

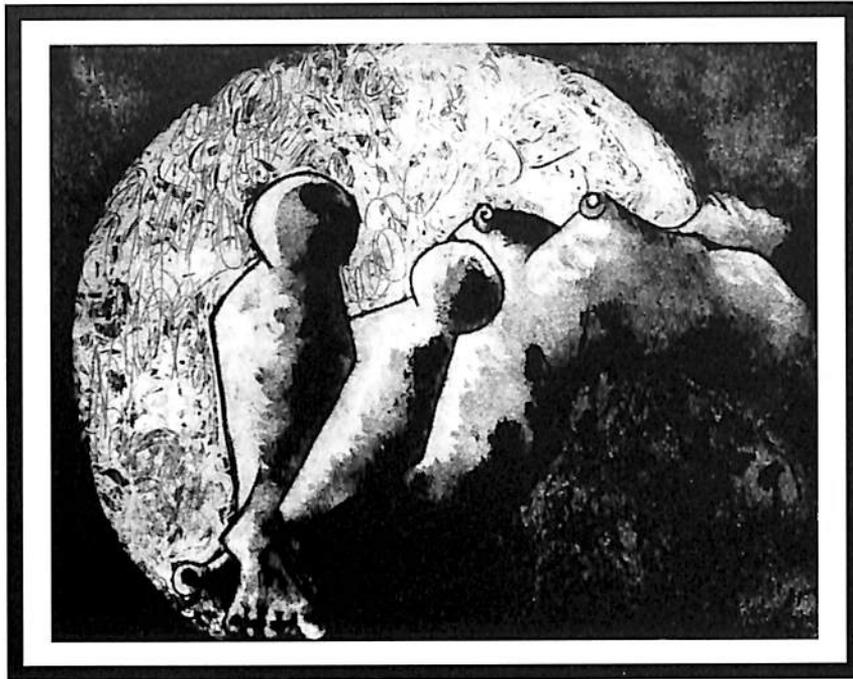
Son pocas las referencias para esclarecer el tema. Antes y después de Aranda Pamplona, diccionarios y antologías de creadores literarios (no me refiero, desde luego, a la exhaustiva *Bibliografía general* editada por El Colegio Mexiquense) suelen ser hasta la fecha privilegio masculino, y esta situación promueve tanto los olvidos culposos como las ignorancias vergonzantes. No voy a descubrir el hilo negro si declaro que la literatura hecha por mujeres suele ser vista con menosprecio por parte de la crítica ejercida por hombres. Aún el maestro Altamirano, en elogio de la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, incurrió en un *lapsus* de machismo al afirmar que ella era “más poeta que poetisa”. Con justa razón, muchas de las que hoy escriben seriamente poesía se niegan a ser llamadas poetisas, aunque el diccionario señale que eso es lo adecuado.

¿Será acaso necesario que cada una de ellas renuncie a su condición de mujer si es que pretende ser reconocida como escritor? Asumir la literatura hecha por hombres como modelo de interpretación para la producida por mujeres, tal vez sea ignorar que de todos los mundos colonizados por la armada varonil, hay uno inaccesible y es ese mundo interior que cada escritora se construye en lucha consigo misma, ante el papel y frente a la sociedad, para decirse primero las cosas, después atreverse a ponerlas por escrito y, sólo finalmente, hacerlas públicas en la incertidumbre de su recepción por propios o extraños. Quizás lo que llega a nosotros sea sólo el resultado último de una serie de decisiones cruciales, tomadas durante el proceso de producción de cada obra, tantas veces mediada por sus expectativas de lectura. Esta

sola conciencia en vilo de quien se dirige a un posible lector-censor-inquisidor de mirada varonil, exigiría una metodología distinta de la simplemente gramatical, lógico-sintáctica o estilística. Posiblemente tendría que ser objeto de una hermenéutica, una semiótica o, todavía mejor, una pragmática de lo no dicho, de lo dicho a medias, de lo dicho a pesar de todo. ¿Qué tanto sabemos los hombres acerca de esas dudas, arrepentimientos y gestos de audacia experimentados en función de un cierto contexto sociocultural?

Nos engañamos y engañamos a los demás creyendo saber algo al respecto. En el siglo XIX hubo incluso algunas falsificaciones memorables, como la del aguerrido general y novelista Riva Palacio, quien publicó algunos versos bajo el seudónimo de “Rosa Espino” e hizo caer en el ridículo al periodista español Anselmo de la Portilla, convencido de que “para escribir como ‘Rosa Espino’ escribe, se necesita tener alma de mujer, y de mujer virgen”. Podemos imaginar el regocijo del militar y de sus amigos comentando el desliz de don Anselmo. Otro impostor célebre fue Rafael Pombo –el entrañable amigo del pintor Felipe S. Gutiérrez–, escritor colombiano que popularizó a su *alter ego* femenino, la apasionada versificadora “Edda”, vista como una especie de “Safo cristiana” entre quienes se dejaron engañar por sus himnos al amor imposible.

Para no recaer en errores semejantes, basados en el imaginario burgués de “la mujer que escribe”, intuyo la urgencia de un diccionario y de una antología de *plumíferas* nacidas o publicadas en nuestro medio, de cuya elaboración respondan lo mismo escritoras que lectoras inteligentes. Aquí las hay y muy capaces –supongo que, dada la urgencia, más de una se habrá ya dado a la tarea– de intentarlo con buena fe y dejando de lado cualquier posible rivalidad, envidia o egoísmo, pequeñeces que por cierto nos son comunes a ambos géneros, para contar con obras de referencia incluyentes de todas las que



TANIA GUTIÉRREZ MARTÍNEZ, *Mujer*, 2000.

hasta hoy han dado a la imprenta sus textos, así sea en un folleto, plaquette o libro. Probablemente el Estado de México no haya producido todavía una Rosario Castellanos, una Elena Garro o una Elena Poniatowska, o al menos alguien que goce de una fama semejante, pero ¿cómo saberlo ante una producción tan marginal, dispersa y, en la mayoría de los casos, inaccesible a la curiosidad de los interesados?

“Cuatro, cinco y aún diez escritoras –considera Brianda Domecq– no conforman una TRADICIÓN. Se necesitan muchas más y varias generaciones seguidas para dejar una base sólida de donde escritoras futuras puedan despegar”. El *Diccionario de escritoras noveleonasas. Siglos XIX y XX*, de Braña y Martínez, consignan más de 230 identidades literarias. Para el Estado de México se requeriría, en principio, de una visión de conjunto que posibilite empezar a distinguir, con base en una metodología explícita y en criterios válidos de análisis, las características de esta constelación de voces, aquello que las une de aquello que las individualiza,

hasta llegar a establecer la diferencia entre las que brotan como flores de un día en el cuarto de servicio y los frutos que embarnece en habitaciones de solitaria libertad. O mejor dicho, al modo de la Castellanos:

No, no es la solución
tirarse bajo un tren como la Anna de Tolstoi
ni apurar el arsénico de Madame Bovary...
Ni concluir las leyes geométricas contando
las vigas de la celda de castigo
como lo hizo Sor Juana... No es la solución
escribir, mientras llegan las visitas,
en la sala de estar de la familia Austen...
Debe haber otro modo que no se llame Safo
Ni Mesalina ni María Egipcíaca
Ni Magdalena ni Clemencia Isaura.
Otro modo de ser humano y libre.
Otro modo de ser.

Ahí se los dejo como tarea a mis amigas escritoras, lectoras y otras pájaras de oficio carpintero. Yo sólo arrojo la piedra y escondo la mano, como para iniciar una *intifada* propia. ¿Qué otra cosa podría hacer si apenas me he propuesto ser un terrorista verbal no sometido por la justicia infinita? LC